
Sergio Cabrera

La Estrategia del Caracol

Película colombiana filmada en 1990.

La muerte de FOCINE a mediados del año pasado parecía corroborar algo dado por cierto: que el cine nacional era un cadáver nonato. Atrás quedaban, bajo la piadosa nostalgia de quienes sabían de ello, los esfuerzos siempre frustrados de algunas decenas de realizadores que quisieron sentar las bases para una cinematografía nacional. Así, y muy a la par con nuestra escasa fortuna criolla para todo aquello que además de talento implique tecnología, disciplina y madura asimilación de las experiencias de afuera, siempre nos faltaron algunos centavos para el peso. Guiones mal estructurados, deficiente dirección de actores, insensibilidad frente al lenguaje cinematográfico, sumisión de los argumentos a una mal entendida singularidad tropical, defectos técnicos, han sido, entre otras, fallas recurrentes en el ejercicio profesional. Con la excepción de algunos pocos casos en los que descuellan "Visa U.S.A." de Líandro Duque y "Cóndores no entierran todos los días" de Francisco Norden, el cine nacional no ha pasado de ser un vacilante e infructuoso esfuerzo de logro.

Ahora bien, pese a que una sola película, como una sola golondrina, no hace el esperado verano, sí es posible ver en "La estrategia del caracol" un anuncio de tiempos mejores. Aunque a la obra de Sergio Cabrera también le falten algunos centavos para el peso, es evidente que la dis-

tancia entre la intención y los resultados es menor a la de los casos precedentes o, por lo menos, no logra ese sentido de frustración, casi destinista, que nos ha dejado el 98 por ciento del cine colombiano.

El proyecto de la obra empezó con el pie derecho gracias al inspirado argumento elegido por Sergio Cabrera y Ramón Jimeno y a partir del cual, con la autoría de Humberto Dorado, se desplegó un guión ágil, claro y, en lo general, coherente. El argumento y el guión conformaron la matriz del acierto al desembocar en una historia que por la autenticidad de sus rasgos socioculturales permitió esbozar personajes y situaciones sólidamente característicos de la realidad colombiana. Sobre ésta segura base de apoyo, Sergio Cabrera logró crear un mundo de seres dotados de fuerza propia, creíbles en sus desempeños individuales, expresivos de tipos humanos y sociales y ajenos al reduccionismo de los estereotipos.

De tales virtudes da fe el mismo público asistente a las salas. La visible distancia del espectador respecto de la identidad de los conocidísimos actores de televisión que protagonizan la película y la facilidad para aceptar la nueva encarnación en los roles desempeñados por ellos, testimonian el adecuado tratamiento de los personajes y la, en consecuencia, certa dirección de actores. Otros aspectos

contribuyen, en la misma línea anterior, a fortalecer la atmósfera de realidad interna del film. Citemos los más destacados: uno, el adecuado montaje de los escenarios; dos, el fluido tránsito entre las escenas interiores y exteriores; tres, el empleo de exteriores como un elemento sustancial de la propia historia y no a la manera de adorno paisajista o de pie de apoyo para enfatizar obvias características criollas.

¿Las limitaciones? Dos que, por desgracia, van en contravía de los mismos aciertos ya señalados. La primera de ellas se percibe al comienzo de la cinta por efecto de una confusa y atropellada introducción que le dificulta al espectador subirse al estribo, ya en movimiento, de la historia. El relator, ese personaje paisa que une los tiempos de la pasada estrategia del caracol y los desalojos de hoy en día, es un desafortunado préstamo del lenguaje teatral a las formas narrativas propias del cine. En lugar de servir de puente a los tiempos los disloca y, sobretodo, se levanta por encima de la narración como el portavoz externo e inoportuno de un director que desde afuera trata de resolver, sin lograrlo del todo, la forma de decirle a la gente que su historia es no solo del pasado sino también del presente.

La segunda limitación, también vinculada al esquema narrativo, se presenta como infeliz artificio para crear un clima de suspense y de ines-

perado desenlace. Ocurre a propósito de la secuencia en la que el travesti retiene en su oficina al abogado representante de la causa del desalojo, mientras los inquilinos le dan los últimos toques a su estrategia antilanzamiento. Aquí las situaciones están sobre cargadas por un sentido de equívoco y de ridículo que rompe el humor natural traído hasta allí, para acercar la película a las efectistas y grotescas provocaciones usadas por las comedias de pacotilla para forzar la hilaridad de los espectadores. El sobretiempo que se

le da a ésta secuencia, el demorado énfasis que vuelve obvio lo que quiso ser sorpresivo, altera la cadencia narrativa y vuelve a poner en evidencia ese hilo, que desde afuera y arriba, tiende a volver marioneta lo que debería ser el auténtico y natural decurso de los personajes y de sus situaciones.

Dos desaciertos son poca cosa en un producto nacional tradicionalmente gravado por yerros cometidos a causa de la improvisación, la falta de oficio y las obsesiones intelectualistas. De todas maneras la película de Cabrera

le señala, sin poses soberbias, un camino al cine nacional: el de la inspiración y el respeto por el oficio, el de la mirada fresca, sin posturas populistas ni elitistas, sobre la condición social del colombiano, el del cine que puede, sin alardes, decirle cosas al corazón y a la mente de públicos muy heterodoxos y muy distantes entre sí.

William Ramírez Tobón, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.